

REFLEXIONES SOBRE CINE, FOTOGRAFÍA E HISTORIA DEL ARTE «USTEDES LOS DE CINE...»

Fernando Gabriel Martín
Universidad de La Laguna

El Cine, hecho histórico y hecho artístico, ha tenido que esperar durante años a que se le considerase una disciplina y a que se le reconociese su legítimo carácter de espacio de análisis, estudio y enseñanza, en contraste con su condición de principal arte y espectáculo del siglo xx. Las reacciones fueron distintas según los países y el cine se ha ido incorporando poco a poco a los sistemas educativos a partir de los años 60 tras irse superando la subestimación cultural y científica. Esto no quita que al mismo tiempo se haya originado una ingente literatura cinematográfica de distinto signo, en parte lastrada por aportaciones que repiten las mismas cuestiones y errores. El problema es que sobre cine han escrito personas muy diversas y de desigual formación e información sobre el medio. A lo largo del siglo, muchos se han atrevido a establecer bases teóricas a partir de un conocimiento restringido de películas, tendencias y cinematografías. La complejidad del medio requería otras maneras de aproximación que partieran de los sólidos trabajos de los grandes autores anteriores y de la reconsideración crítica de los films. La crisis del cine clásico casi coincide con su revisión teórica e histórica, que se generaliza en la década de los 70 con su incorporación masiva a los estudios universitarios como un nuevo y necesario campo docente e investigador. De auténtico «estallido» historiográfico se puede considerar la enorme, especialmente cualitativa, aportación de la Universidad española desde la incorporación en aquellos años de los estudios sobre la cultura audiovisual en Ciencias de la Información, Historia del Arte y Bellas Artes, y la aparición de una generación de universitarios especialistas en esta novedosa disciplina académica. El incremento de todo tipo de publicaciones (tesis, textos teóricos e históricos, fuentes, revistas especializadas) es paralelo al desarrollo de encuentros y congresos científicos, la creación de colectivos (como la Asociación Española de Historiadores del Cine), el despegue de las Filmotecas y Archivos, y el incremento de las actividades cinematográficas en las Comunidades Autónomas después de las transferencias.

Las diversas ópticas de aproximación a los principios y problemas que plantean los medios audiovisuales son muy similares a las empleadas en otras artes, como la pintura o la arquitectura. Es lógico que los métodos coincidan, pues su estrecha interconexión a través del mundo de las imágenes y su vocación social les identifican, aunque las aportaciones de sonido y movimiento sitúan el análisis de la comunicación audiovisual bajo otros criterios. Hoy ya resulta evidente que la aproximación científica a los fenómenos visuales debe enfrentarse a un complejo planteamiento interdisciplinar para poder analizarlos e historiarlos. No podía ser menos en un medio como el cine que es al mismo tiempo muchas cosas. La explicación del

cine, a grandes rasgos, ha oscilado entre dos grandes posturas: la que defiende que sólo puede hacerse desde el propio cine, la llamada «teoría indígena», y la que recurre a disciplinas exteriores que pertenecen al mismo contexto cultural. Es obvio el carácter del cine como medio plural por definición que se interconecta a otros campos científicos y por lo tanto es susceptible de acercamientos multidisciplinares. Las Ciencias Sociales y Humanas aportan teorías y métodos muy variados que se han aplicado al cine desde hace una centuria. Esta línea de trabajo, acentuada en los últimos treinta años, sitúa al cine en relación a materias próximas como Historia, Historia y Teoría del Arte, Iconología, Literatura, Lingüística, Semiología, Narratología, Psicología de la percepción, Psicoanálisis, Sociología, Derecho, Economía, Teoría de las Ideologías, Pedagogía... Las posibilidades de profundizar en el objeto de estudio aumentan notablemente pues en el cine se entrecruzan continuamente elementos cinematográficos y otros que no lo son. Hoy, estamos obligados a aproximarnos al cine no como a un territorio cerrado sino a una encrucijada de experiencias y, por eso, las teorías trascienden el fenómeno del cine, proceden de «fuera» y apuntan «más allá» (Cassetti). El cine, como los otros medios audiovisuales, está en todos los ámbitos, por lo menos en los que tienen que ver con la estética y la comunicación. Nuevamente se muestra el cine como fenómeno poliédrico por las posibilidades de aplicación de varios puntos de vista, en coherencia con la concepción del medio como sistema múltiple. De ese modo volvemos a constatar que teoría y método no existen la una sin el otro, que todo estudio trabaja sus materiales conforme a unos principios y que por ello todo análisis es una forma de teoría. Los estudios de cine son tributarios de las teorías dominantes y así se ha ido pasando del análisis artístico (Sadoul) al de su esencia (Bazin) o al lingüístico (Metz), hasta llegar al llamado «campo abierto» actual donde conviven métodos muy diferentes. Las limitaciones para aplicar ciertos postulados teóricos son producto de forzamientos metodológicos que desembocan en abstracciones y nebulosas. Son riesgos de esa «apropiación» externa del cine que no logra explicarlo cuando prescinde o desconoce su historia y esencia.

La enseñanza de la Historia del Cine presenta un problema previo pues en realidad son estudios nuevos y de estructuras desconocidas. La reducida o inexistente base de muchos jóvenes lastra el acceso directo a los temas, pues es necesario introducirle a un lenguaje, a un vocabulario, a una manera de mirar y narrar, que permita entenderse a todos en el estudio de la materia. Los estudiantes han visto muchas imágenes audiovisuales y tal vez en la mayoría constituyan su vehículo informativo preferente, pero en realidad no saben explicarlas. El reto es conseguir que puedan reaprovechar este capital visual y sustituir el habitual rol de espectador pasivo manteniendo una posición más crítica y selectiva que le enseñe a valorar y elegir con sentido. El entendimiento y aplicación de los contenidos deben plantear el fomento de una conciencia científica y crítica, dado que lo que se trabaja, la imagen, está presente en cada momento de nuestra vida. La rápida evolución de la historia inmediata, los nuevos valores de competitividad, éxito y riqueza pregonados por la sociedad, la pérdida del compromiso y el proceso de desideologización, o la crisis del cultivo personal a través de la lectura, son factores que mediatizan la formación cultural de los jóvenes actuales inmersos en una sociedad que les provoca



inquietudes utilitarias y materiales, les narcotiza con imágenes alienantes y descuida su proyección humanista y cultural. Es sintomático que según han pasado los años la preparación de base de los estudiantes es en general más deficiente, dinámica contradictoria con las inmensas posibilidades de información que las tecnologías ofertan a comienzos del siglo XXI.

El cine es todavía un fenómeno por conocer y seguramente en un balance ganarían las cuestiones pendientes sobre las conocidas. Y aunque nos movamos en un campo de poco más de cien años de existencia, y contemos con una nutridísima información, aún queda una labor ingente y se necesita seguir particularizando multitud de aspectos para ir englobando poco a poco la visión de los grandes problemas de la densa iconosfera cinematográfica. Esa labor pendiente también atañe a su estatuto científico. El cine no está reconocido como campo o área científica, como si lo están otras artes (Pintura, Dibujo, Escultura o Música) también integradas en el vasto campo de la Historia del Arte, a su vez incluidas en el amplio espacio de la Historia. Todo esto parece contradictorio con su potencial docente e investigador en la Universidad española de los últimos veinte años —los estudios sobre cine se ofertan como asignatura optativa desde 1976— y su histórica promoción en los nuevos planes de estudio como asignatura obligatoria en toda la nación —desde 1994—, hechos que aconsejan su propuesta como área de conocimiento.

Pensamos que este nuevo impulso a los estudios universitarios sobre la imagen audiovisual favorece la apertura del proceso de reconocimiento y asentamiento oficial del Cine y los otros medios como espacios analíticos y reflexivos, al igual que los historiadores y teóricos lo vienen entendiendo y ejerciendo desde hace años. Aunque, por otro lado, todavía hay universitarios recalcitrantes, que mantienen una actitud sectaria con el cine, que no terminan de entender su ubicación en la ciencia y el conocimiento —ni académica, «ustedes, los de cine...», nos dicen—, que pecan de torpes e ignorantes cuando creen defender una pureza que a fin de siglo es obsoleta, que vuelven a resucitar —sin darse cuenta— el inconcebible debate sobre el estatuto del cine como arte, superado hace más de setenta años, y que obvian la enriquecida y cambiante noción de arte generada en esta centuria, desde los *ready made* de Duchamp al conceptualismo y la cocina minimalista en la Documenta de Kassel. El tiempo no ha limado aún esos recelos y dignificado el arte para todos, «el arte democrático» (Jowett), que todos pueden ver y comprender y sobre el que todos pueden opinar. Las vanguardias históricas defendieron el cine como otra opción artística, sin agravios con otras manifestaciones, escribieron sobre el medio y filmaron algunas películas. Durante gran parte de los últimos cien años, el cine ha sido la primera industria del ocio, recuperada de nuevo en estos últimos años, y como la expresión artística que define al arrollador siglo XX. Como dijo Rafael Alberti, «yo, respetadme, nací con el cine».